

CARLOS A. AGUILERA & IDALIA MOREJÓN ARNAIZ
Escenas del yo flotante

CUBA: ESCRITURAS AUTOBIOGRÁFICAS

bokeh *

© Carlos A. Aguilera & Idalia Morejón Arnaiz, 2017

© Fotografía de cubierta: W Pérez Cino, 2017

© Bokeh, 2017

Leiden, NEDERLAND
www.bokehpess.com

ISBN 978-94-91515-71-2

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

<i>Prólogo</i> ADRIANA KANZEPOLSKY	II
NÉSTOR DÍAZ DE VILLEGAS (1956)	
<i>Protocolos de las comadronas de Sión</i>	23
OMAR PÉREZ LÓPEZ (1964)	
<i>La sencilla</i>	37
REINA MARÍA RODRÍGUEZ (1952)	
<i>Esto es todo</i>	61
ROBERTO URÍA HERNÁNDEZ (1959)	
<i>El Espartaco espantado</i>	73
SANDRA RAMOS (1969)	
<i>Sandra Ramos: Testamento del pez</i>	
Eugenio Valdés Figueroa	95
IDALIA MOREJÓN ARNAIZ (1965)	
<i>Árbol que nace torcido</i>	105
CARLOS A. AGUILERA (1970)	
<i>Apuntes sobre el movimiento de los trenes en A.</i>	115
ROLANDO SÁNCHEZ MEJÍAS (1959)	
<i>Umbral</i>	127
De los autores	141

APUNTES SOBRE EL MOVIMIENTO DE LOS TRENES EN A.

Alemania tenía para mí la forma de un tubo. Un tubo largo y oscuro por donde se movían los trenes. Esto, y algunos nombres de actores aprendidos en películas mudas de los años veinte, era cuanto sabía del «imperio» y sus diferentes provincias; también, algo de su literatura.

De hecho, esa imagen de Alemania como túnel donde cualquiera podía perderse la obtuve en un relato de Uwe Johnson que leí en mi adolescencia. Allí el personaje narra un viaje en tren entre las dos mitades, no recuerdo si separadas ya por el muro, y cómo la vida alrededor de esos vagones tenía cierta intensidad de fantasma, terrenito hueco.

Desde ese momento tuve deseos de conocer Berlín –para mí del mismo tamaño de toda Europa– y hacer un viaje parecido al de Johnson por cualquier lugar. Suponía que un escritor «duro» necesita ese tipo de experiencias para encontrarse consigo mismo.

Con los años mi visión ha cambiado. He dejado de creer en todo suceso que signifique *la Verdad*, entendiendo esto como razón definitiva, y he empezado más bien a fijarme en el movimiento inútil que todo esfuerzo posee, su lado idiota-ridículo, como le hubiera gustado escribir a Robert Walser.

Lo que más me preocupaba a mi llegada a Alemania eran los estereotipos.

No porque creyera demasiado en ellos: como todo «buen hijo de familia», sé que en un gran por ciento dicen nada, son la repetición estéril de algún tipo de error. Pero esto dejaba afuera un por ciento donde lo peor podía cumplirse. Y sobre los alemanes más allá de que fueran puntuales, fríos, filosóficos, siempre había

escuchado lo peor; y lo peor es lo que escapa al control del animalito humano. Lo peor es lo peor, me había dicho en La Habana un amigo con tres lagrimitas en los ojos.

Para reforzar esa idea estaba aquel edificio de turcos ardiendo en Hoyerswerda, especie de gran cocina que de pronto había explotado, y las noticias siempre alarmantes de algún desfile nazi aquí o allá... *loPeor*, no había duda, y yo debía junto a mi familia enfrentarme a ese destino de opereta.

Con todos estos temores bajamos en Düsseldorf.

Más allá de los letreros ininteligibles del mismo aeropuerto –en cualquier lugar del mundo las indicaciones están en varios idiomas, en Düsseldorf sólo en alemán–, nuestra noticia de Alemania es que era espacio perfecto: un lugar donde todo había sido calculado (digerido) y sin opciones para el fuera-de-ley. Mi miedo las primeras semanas incluso a tirar los cabos de cigarros en la calle respondía a esto. Pensaba que donde quiera había una especie de brazo mecánico que a la más mínima infracción me cogería por la espalda y levantaría, castigándome.

El acto una mañana de ver cómo una muchacha lanzaba su cigarro y después cruzaba la calle (sin esperar la verde) fue para mí liberador. A partir de aquel momento Alemania comenzó a convertirse en una maqueta habitable.

La culpa de esa lectura del «imperio» como maqueta la tenían los cubanos que habían viajado años antes a la RDA. Ellos siempre hablaban de la pulcritud alemana, y cómo era una sociedad donde todo había sido medido hasta el milímetro, sin posibilidad alguna para la sorpresa. Recuerdo aún la anécdota sobre una persona que había botado un pequeño papel en la calle y ocho o nueve cuadras después había sido detenido, multado y obligado a recogerlo.

A pesar que la persona que contó esto nunca mencionó tal locura, imaginé que el policía había hecho retroceder al cubano retorciéndole una oreja y arrodillándolo «para que aprendiera

de una vez la diferencia alemana». En una sociedad de extremo orden, le explicaba después yo a mi mujer, cualquier violencia resultaba lícita.

Lo mismo con el clima...

Quien haya leído las obras de teatro de Virgilio Piñera, el dramaturgo cubano más escatológico del siglo xx, notará que más allá de la temperatura —que a decir verdad en Cuba es asfixiante— sus personajes siempre tienen calor, una especie de sofoco interno, menopausia, como si toda realidad para concretarse se moviera encima de una plancha caliente.

Alemania, según los cubanos de la RDA, con sus varias temporadas de invierno (el otoño y la primavera germana es también para los cubanos *el* invierno) y su arquitectura de colores pasteles era todo lo contrario, una suerte de paraíso de la carne, del consumo, pero invivible especialmente en meses de poca luz y bloques de nieve. Un lugar donde podía estar nevando años sin parar.

Lo primero que habría que decir es que por suerte en Bonn, la ciudad donde viví con pequeñas interrupciones doce meses, sólo nevó dos días y lo suficientemente alejados entre sí para que la experiencia no se volviera catastrófica; cosa que me corroboró un amigo de Berlín al exponerle mi miedo y empezar a reírse.

Además, los alemanes, más allá de cierta distancia que a primera vista hay en su trato, tampoco me parecieron tan cerrados. Algunos hablaban bastante, incluso más de lo que yo estaba dispuesto a escuchar, y reían sin estridencia, como si todos los traumas que mi miedo había depositado sobre ellos no los atosigaran.

Con esto no quiero decir que mi «vida alemana» fuera siempre amable. Había días que iba al supermercado y me parecía que todos tenían rostro-de-asesino. Estaba seguro me odiaban por el simple hecho de parecer turco pero no serlo, e intentaba desde la indiferencia mostrar mi «superioridad». Pero esto sólo fueron pequeños momentos, momentos de guerra por decirlo de alguna

manera, y siempre era interesante ver cómo después de «bajar» varias cervezas algunos pasaban del recato a la torpeza sin hacer transiciones. Esa misma persona que te había pedido disculpas por un roce media hora antes, ahora eructaba en tu cara, cantaba en voz alta y empezaba a observarte de manera extraña. Era una lucha entre la caricatura y su contrario, o mejor, entre varios estereotipos.

En su *Eichmann en Jerusalén* Hannah Arendt muestra el modo en que precisamente los totalitarismos modernos han convertido al hombre en un gavetero de estereotipos. Un hueco-ley. Esta «verdad» aprendida en Cuba valía (vale) más para mí que cualquier cosa leída antes o escuchada después. Los estereotipos no sólo eran éstos que sin querer yo traía y colocaba ante el otro. Era también ese esfuerzo alemán por esconder cierta rudeza y la manera en que ésta se tornaba inefectiva. El momento en que el ser tropieza con su propia sombra.

Cosa evidente en nuestro primer viaje a Berlín.

Entre las muchas cosas que enfrentamos estaba una obra de Anselm Kiefer que aún me sigue pareciendo una de las reflexiones más poderosas sobre individuos, mentalidades e historia construida alguna vez.

En medio de una sala *mediovacia* que antes había sido terminal de trenes, el artista había desplegado un gran archivo de documentos hechos todos de plomo y acero con espejos disimulados. En la medida que recorríamos la escultura comprobábamos cómo nuestro rostro se desfiguraba ante estantes de files y libros corroídos, y cómo la pregunta por el destino alemán –la pregunta que de una forma u otra había trastornado a Europa durante años– había desembocado en un crimen doble, el de esos estantes achicharrados por la razón (quizá también por la de nuestros ojitos en los espejos) y el de esos estantes levantados en nombre de la razón misma. Movimiento binario que más que nada señala una cosa: la relación entre intole-

rancia y subterfugio es mucho más compleja de lo que suponemos; por fatalidad, siempre finaliza en estereotipos identitarios.

El mismo amigo de Berlín que un tiempo antes se riera de mis comparaciones entre frío alemán-frío cubano y de lo que llamara «mis sutilezas étnicas sobre la temperatura» me contó, después de haber tomado café en su casa y compartir un *schokoladentorte*, sobre la antigua propietaria de la clínica en los bajos de su edificio. Ésta había sido descubierta por el calvito del apartamento de enfrente, o su hijo, y había sido procesada con gran expectativa en todo el país. Durante años había descuartizado a varios niños de la Prenzlauer Berg y hecho, incluso, injertos entre animales de diferentes tamaños. Cuando fue atrapada aún tenía dos raticas medianas en una nevera grande donde también almacenaba otras cosas.

Lo tremendo, según D., es que esta mujer era muy querida en la zona y vivía en Chodowieckistraße desde mucho antes de la caída del muro, cuando aún las alemanias estaban divididas. Su trato era siempre el de una mujer amable, cosa que la hacía sobresalir entre las demás.

Hablo de este hecho porque bien podría ser un capítulo en ese libro aún no escrito sobre «enfermedades» (algo así como el libro que siempre estará por escribirse), y cómo precisamente todos vivimos entre la imagen que deseamos proyectar y la imagen que intentamos esconder: galería de espejos que se repiten al infinito.

Incluso, este amigo de Berlín era en sí mismo un tipo raro. Pasaba de la locuacidad al mutismo sin detenerse demasiado, y tenía una fascinación con las arañas que me hizo no dormir en los cinco días que nos alojamos en su casa. Las tenía amontonadas en una sucesión de jaulas de cristal contra la pared y su principal entretenimiento era dejarles caer un polvillo blanco en el lomo para ver cómo se fajaban. Para él este juego sintetizaba la humanidad, la lucha de poder entre diferentes especies.

Estos enfrentamientos provocados por su filosofía a mí me parecieron igual de espantosos a las operaciones que la mujer de la clínica hacía con niños pequeños, y me hicieron después de abandonar Berlín evitar toda comunicación con él. Incluso borrarlo de mi lista de amigos. Una sola cosa, tengo un asco terrible a las arañas.

Aún tengo presente cómo en el cine Ideal, a un pie del arco de Belén en el barrio judío de La Habana, tuve que salir a mitad de una película de Fritz Lang por ser precisamente las arañas y los tejamanes de la mafia china con los arácnidos su tema. Las imágenes mudas de estos bichos subiendo y bajando en *close up* por la pantalla y de los chinos aplastando moscas para tirárselas entre las patas rebasaron mi límite. En ese momento, estuve otros cinco días sin dormir.

De regreso a Bonn, intenté olvidar la nota desagradable y concentrarme en lo que había observado. Para alguien proveniente como yo de un país con un alto potencial de kitsch ideológico, todas las postalitas que se venden en Unter den Linden resultan más que interesantes. Allí está la famosa reproducción en la que Brezhnev se besa con Honecker y suscitó interpretaciones y burlas en muchos sitios, las que muestran pedazos del muro y vistas del Checkpoint Charlie, la de la pancarta del Fórum de Leipzig... Incluso, los sellitos para engancharse en la ropa me llamaron la atención. Estoy seguro que todos esos colgantes servirían –más que otros– para hacer una lectura a destajo de la estética bajo el socialismo.

Investigación que si se hace tendría que asumir también los murales políticos que se han pintado durante más de cuarenta años de Revolución en Cuba, y las diferentes maneras que tienen de mostrar el «triumfo del estereotipo», la mala épica.

Especialmente delirante era uno que se encontraba al costado de un Banco en la Habana Vieja. Representaba al Che Guevara

deformado, casi sólo reconocible por su atuendo, la estrella en la boina, y tenía entre el cuello y su rostro algo muy difícil de explicar, como si varias enfermedades lo hubieran convertido en otra persona: una caricatura entre Kim Il Tsung y el fantasma de la ópera. Cada vez que veía este mural comprendía por qué el gobierno cubano tiene una y otra vez que reprimir. Un estado que ridiculiza de esa manera a sus propios héroes es un estado que vive fuera de toda realidad, un estado que necesita convertirse a sí mismo en monstruo para perpetuarse.

Conversión que conocían ya «en carne propia» algunos alemanes, sobre todo los *ossis*, y nos hacía por ejemplo en los trenes hablar sobre todo el absurdo que giraba alrededor de ese sistema (el socialista) y su organización despótica. Sin dudas, nuestras vidas estaban atrapadas en lo mismo: habíamos visto hasta idénticos programas de televisión, y por mucho que contáramos resultaba asombrosa la manera en que el horror ideológico nos había cruzado a miles de kilómetros con miedos diferentes pero exactos, una suerte de idiotez sólo disimulable con una torpe parrafada sobre las nubes o una risita larga, histérica.

Los nacidos en el oeste, por haber crecido frente a otro muro, me parecían no entender bien de qué se trataba —aunque intentaban— y muchas veces los escuché discutir sobre la incapacidad que tenían, según ellos, las personas que habían pasado su vida bajo la ortopedia estalinista: ¡esa parálisis! Yo escuchaba y miraba al cielo. Es muy difícil hacerle entender a alguien, incluso cuando lo ha vivido, cómo una ideología puede acabar con cualquier ilusión, hacerte mover las patitas igual que una cucaracha.

En Bonn, después de tomar varios cursos de idioma e intentar descubrir las diferencias entre los tipos de cervezas que existen, me concentré nuevamente en mi no-novela y pude terminarla. En ella construía una ficción sobre el totalitarismo pero desde el «hueco» de diferentes personas, y la hacía crecer no precisamente en Cuba

sino en una especie de China virtual, territorio caricaturesco donde los personajes más que identidad fueran sacos vacíos, aire.

Para esto había visto antes la foto de un francotirador chino que me había impresionado. A lo largo de un campo se apilaban varias montañitas de gorriones muertos y en uno de sus extremos un hombre apuntaba hacia arriba, en posición de alerta. Esta foto provocó en mí una reacción tan extraña que inmediatamente escribí un poema sobre la relación poder-gorrionesmuertos-gorrionesvivos, y cómo detrás de cualquier idea de estado está siempre el crimen, campos enteros sembrados de francotiradores simbólicos.

Kertész, que como él mismo ha escrito sobrevive a varios horrores: Auschwitz, la invasión a Hungría de 1956, el capitalismo... elabora en su discurso de Premio Nobel una pregunta de las más exactas que pueda hacerse un escritor en cualquier momento. Dice: «¿Qué escritor no es hoy escritor del Holocausto?». Esto, que más que pregunta es afirmación, merece un comentario aparte.

El día que volaba junto a mi familia hacia Alemania todas mis maletas fueron registradas en el aeropuerto de La Habana y algunos de mis libros decomisados. Entre éstos estaba el libro de fotos que Leni Riefenstahl hizo a los Nuba. Un libro con fotos aparentemente inocentes, que muestra cuerpos o escenas cotidianas de mujeres y hombres, rituales.

Durante unos meses me estuve preguntando por qué precisamente un libro así, donde nada atenta contra lo legal. Podía aceptar (no entender) que retuvieran libros de escritores prohibidos en Cuba o títulos sospechosos, como ese de Hannah Arendt *Sobre la Revolución*. Pero el de la cineasta alemana en Sudán se situaba un poco más allá de mi lógica. ¿Qué intuyeron los policías de Aduana en ese mamotreto? ¿Qué vieron?

Sin dudas, fascismo. Pedazos de una estética donde el holocausto está contenido. Fetiches. Después de leer a Victor Klemperer, un judío-alemán que ha hecho una de las mejores reflexio-

nes sobre el uso de la lengua en el III Reich, comprendí cómo precisamente los estados totalitarios están entrenados en detectar miradas; y aquellas tres personas lo que vieron fue el espanto de su propia mirada en el ojo de Riefenstahl, el instante donde horror y sublimación devienen único concepto.

Aquellas cabezas con ceniza blanca, aquellas imágenes de hombres decorándose el cuerpo, aquella de Riefenstahl bajando una montaña mientras un Nuba encuero le extiende la mano tienen que haber sido suficientes para que la paranoia de los enanos de aduana se disparase, amenazaran con retenerme el pasaporte y localizaran a su jefe. No habían comprendido —comprender es a veces un acto muy difícil—, pero habían *visto*. Y aquellos rostros tiznados de blanco con una pátina de fango encima podían ser lo suficientemente patológicos para indicar que estas fotos eran la continuación de la romantiquería fascista bajo otro escenario, ese «limpio-manchado» que tanto amaba Goebbels.

Y como escribe Kertész en su discurso, el holocausto es un más allá de la historia entre alemanes y judíos, una fractura irreductible a contextos. El poder de no decisión, el miedo a las interrogantes del otro, el ser despojado de lo más mínimo sin tener derecho siquiera a réplica convierten a ese «conjunto de problemas» en ruleta continua; y un escritor es precisamente el que capta esa fractura e intenta algo con ella, el que ríe... Aunque sólo sea con una risita larga e histérica, tal y como hacían los *ossis*, cada vez que alguien en los trenes preguntaba sobre la grandeza del socialismo.

Post Scriptum. A pesar de que he salido y entrado muchas veces de Alemania, la idea de pertenencia a ningún lugar se ha hecho con los años mayor. De ahí que cuando otros me hablan del orgullo de ser francés, nigeriano o vietnamita me cuesta trabajo entender qué están elaborando con exactitud. Vivir treinta y un

años en La Habana, más que fiesta fue tortura, algo que yo y otros vivimos como parte de una desgracia, duelo. Y este duelo, que en parte era ideológico pero sobre todo era vivencial, se ha ido incrementando allí donde quiera me quede algún tiempo. Al final parece que tenía razón Thoreau, el hombre debe regresar a los bosques porque en él hay una parte animal que sólo allí encuentra verdadero hábitat. Y eso es lo que hago cada vez que me muevo hacia un lugar u otro, buscar el bosque donde mi lado animal pueda a la vez que salir, burlarse de sí mismo, interactuar. Y de esa risita, a su vez que sórdida, trágica, intenta hablar este texto. Lo demás querido lector, ya se sabe, hay que seguir en movimiento, aunque un día ya no existan los trenes para reírnos lentamente dentro y fuera de ellos.